

La UE y Canadá creen que todavía hay margen para alcanzar un pacto

El presidente de Valonia pide “un poco más de tiempo” para reconsiderar su veto



Christia Freeland retrasó ayer a regreso a Canadá para reunirse con Martin Schulz en un último esfuerzo para desbloquear el pacto comercial

DANI ROVIROSA
 Bruselas. Servicio especial

Después de haber dado por fracasadas las negociaciones sobre el acuerdo comercial entre la UE y Canadá, la ministra de comercio canadiense, Christia Freeland, cogió ayer un avión de vuelta a Toronto. Considera que su labor en Europa ha terminado por ahora. Aun así, voló más tarde de lo que tenía previsto, porque a primera hora de la mañana aceptó reunirse con el presidente del Parlamento Europeo, Martin Schulz, en un encuentro totalmente improvisado. Un pequeño

gesto de distensión que no ayudó a eliminar su estupor de las últimas horas. Freeland dejó un claro recado a la UE: “Desde la perspectiva canadiense, nuestro trabajo está hecho. Hemos terminado de negociar un muy buen acuerdo y Canadá está preparada para firmarlo. La pelota está ahora en el tejado europeo y ahora es el momento de que Europa termine su trabajo”, espetó.

Para ello, será necesario convencer al Gobierno valón para que acepte la última oferta que el viernes le hizo Ottawa para salvar las reticencias que la región belga aún mantiene sobre el tratado co-

mercial. El ministro presidente de Valonia, Paul Magnette, sigue sin estar satisfecho con el mecanismo de resolución de conflictos entre empresas y estados que prevé el CETA (como se conoce al pacto, en sus siglas en inglés). Exige más garantías para que esos tribunales –ajenos al sistema judicial ordinario– no le obliguen a indemnizar a una compañía si aprueba una nueva ley que es contraria a sus intereses comerciales.

En juego está algo más que el acuerdo con Canadá. Bruselas teme que si este fracasa, la política comercial de la UE quede en en-

tredicho, porque ningún país se atreva a partir de ahora a firmar tratados comerciales en el futuro, ante la falta de garantías de que finalicen con éxito.

Consciente del riesgo, Martin Schulz recogió el guante de Freeland y reconoció que Europa debe resolver su enésimo lío interno, esta vez en forma de rechazo popular al libre comercio, salpicado con batallas políticas belgas. “Los problemas que hay sobre la mesa son europeos y tenemos que resolverlos”, dijo, y se mostró “optimista” en poder hacerlo.

El presidente del Parlamento Europeo aseguró que la cumbre

del próximo jueves entre la UE y Canadá para aprobar el CETA sigue en la agenda. Tampoco la ministra canadiense la rechazó de antemano. “Espero enormemente poder volver a Europa con mi primer ministro [Justin Trudeau] el próximo 27 de octubre, para firmar este acuerdo”, comentó. Pero lo cierto es que hoy por hoy, la cita está en el aire. Si Valonia no levanta su veto, el Gobierno federal belga no puede estampar su firma junto a la del resto de los socios europeos.

Magnette volvió a pedir ayer algo de tiempo para poder estudiar la última oferta canadiense. Lo hizo tras reunirse con Schulz, después del encuentro que este tuvo con Christia Freeland. “No estoy aquí para crear problemas”, remarcó el ministro presidente valón, sino para “conseguir un tratado con un nivel de protec-

Optimismo medido de Martin Schulz:
“Los problemas que tenemos son europeos y hay que resolverlos”

ción a escala social, de servicios públicos, de medio ambiente, con un nivel de garantía jurídica que sean de los más elevados del mundo, para que en el día de mañana se conviertan en el estándar que la UE defienda en todas sus negociaciones bilaterales. Por eso creo que vale la pena tomarse un poco más de tiempo”.

A través de una declaración interpretativa del acuerdo con carácter jurídico adjuntada al final del tratado, la Comisión Europea ha conseguido salvar en las últimas semanas las reticencias de países como Austria o Alemania, que también dudaban sobre el mecanismo de arbitraje. También solventó el viernes las demandas de Bulgaria y Rumania, que exigían para sus ciudadanos libertad de visados para viajar a Canadá. Pero se ha encallado en Bélgica, donde las regiones tienen competencias en política exterior. Un poder que no entienden en varias cancillerías europeas ni en la propia Comisión, que ven con rechazo como un territorio de 3,5 millones de habitantes está impidiendo un acuerdo que afecta a 500 millones.■